

nojo; y pues te ves tan abundantemente pagado y satisfecho, quedémos libres los deudores; y merezcamos por estas tres horas de agonía de tu amantísimo Hijo, todo aquello que te pidió para nosotros, el perdón de nuestras culpas y los socorros eficaces de tu gracia, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Aquí, arrodillanse todos á pedir lo dicho: y entre tanto meditan un breve rato, se cantará la siguiente saeta, ó se tocarán algunos instrumentos.

Al Calvario almas, llegad,
Que nuestro dulce Jesus,
Desde el Ara de la Cruz
Hoy á todos quiere hablar.

Cruz, sino en el amantísimo Corazon

PRIMERA PALABRA

QUE HABLÓ EL SENOR EN LA CRUZ.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

PUESTO nuestro Señor Jesucristo como maestro celestial en la cátedra de la Cruz, habiendo callado hasta entonces con un profundo silencio, abrió sus divinos lábios para enseñar al mundo en siete palabras, la doctrina mas alta de su amor.

Atiende, pues, alma mia; aviva tus potencias y mira que el mismo Dios es quien te enseña y te ha de tomar estrecha cuenta de estas siete lecciones. ¡Oh Jesus amoroso! ¡Oh Maestro divino! Hablad, Señor, que vuestros hijos oyen.

Toda la naturaleza se conmovia al ver padecer á su Criador tan atroces

¡Qué locura es la mia, que dejo tus

agravios el Cielo se enlutaba en obs-
curas sombras, estaba para estre-
narse la tierra en terribles movimien-
tos, para herirse entre sí las piedras,
para abrirse los sepulcros: los Angeles
asombrados al ver à su Señor entre
tan crueles tormentos: los Demonios
enrabiados, y envidia, porque no se exe-
cutaba en los hombres el castigo que
merecian por las culpas, como se ha-
bia executado en ellos. Podiéramos
imaginar que irritada la naturaleza
contra los pecadores, clamaba al Pa-
dre Eterno por justicia y venganza. *¡Esquequo, Domine Sanctus et verus,
non vindicas sanguinem Filii tui?*
*¡Hasta quando, Señora Justiciero, y o
Santo, no tomas venganza en los pe-
cadores, de la Sangre y agravios de
tu inocente Hijo? y que quando á este
te clamor ya la Divina Justicia ar-
diaba el rayo de su ira para la ven-
ganza, entonces el Redentor del mundo*

Cruz, sino en el amantísimo Corazon

¡Padre te perdona

do, mostrando su infinita caridad, le-
vantando sus eclipsados ojos à su E-
terno Padre y presentandole su obe-
diencia y merecimientos, le dice:
*¡Padre y Señor mio; detén el brazo
de tu justicia; y por esta Cruz en
que muero, y la sangre que en ella
estoy vertiendo, te pido, Señor y te
ruego, que perdones à los pecadores
las culpas con que me han puesto en
esta Cruz: perdónalos, Padre, perdo-
nalos que no saben lo que hacen.*
*¡Oh alma pecadora, abre los ojos y
los oídos; y al escuchar en esta pri-
mera palabra à Jesus que llama Pa-
dre tuyo y de todos à su Eterno Pa-
dre, conoce la alteza de tu origen.*
*Hija eres, no de otro Padre, que
del Eterno Dios. ¡Oh Padre Eterno!
¡Mi Padre tú? ¡Y yo tan ruin hijo!
¡Qué ceguedad me aparta de tus ojos!
¡Qué locura es la mia, que dejó tus*

caricias y tu gracia por el vil amor de las criaturas! ¿Donde estoy con mis culpas! ¿A donde voy con mis pasiones! ¿Qué estado es el que tengo despues que te ofendí! Oh Padre amoroso! aquí perezco miserable en mis delitos! ¿A quien volverè los ojos! ¿Volveré á tí, oh Padre benignísimo! mas ¿como tendrá valor un ingrato para volver á la presencia de un Padre á quien tanto ha ofendido! Ea vuelve, alma affigida, vuelve, que al fin es tu Padre. Iré; ¡pero ay mi Dios que me falta el aliento; pues son innumerables mis torpezas y ruindades y temo que tus ojos han de ser para mí formidables rayos: mejor será morir y no llegar. Mas no, alma arrepen- tida, vuelve, vuelve, que al fin es tu Padre; y tu mismo hermano Je- sus, á quien has crucificado con tus culpas, te apadrina y pide al Padre Soberano te perdoné, ofreciéndolo su

sangre por tus culpas. ¡Oh mi Jesus! ¡Oh Hermano amorosísimo! Dame esos pies para que los bese y riegue con mis lágrimas. ¡Tú ruegas por el perdon de mis culpas y yo no muero aquí de amor tuyo! ¡Ay que dureza es la mia! Llegad, pecadores todos à lograr las misericordias, que hoy está el cielo rebosando favores; por- que Jesus ruega por todos al Padre Eterno y le dice con profunda reve- rencia: ¡Oh Padre de piedades, aquí tienes ya á los tristes pecadores! no mires, Señor que ellos me cru- cifican, sino que yo muero por e- llos; vivan ellos, pues por ellos muero; no mires su ignorancia si- no mi amor; no su ingratitud, sino mi Sangre derramada: no mires sus culpas, sino esta vida que te ofrezco por ellos en esta Cruz.
Perdonalos, Padre, perdonalos, que no saben lo que hacen.

¡Oh caridad infinita de nuestro amorosísimo Jesús! cuyo incendio de amor no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulación, ¡Oh que doctrina tan alta la que nos enseña en esta primera palabra! Mira, alma, como escusa del modo que puede á los que le crucifican, como perdona á sus crueles enemigos y en ellos á todos los pecadores que con su ofensas le han puesto en esa Cruz. Padre, dice, perdónalos porque no saben lo que hacen. Aprende alma, de este ejemplo, á no acusar ni exagerar los defectos ajenos ni los agravios que te hicieren: aprende á escusar las faltas de tus prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas, no á la peor parte, sino á ignorancia, inadvertencia, zelo, ú otra intencion menos mala. ¡Oh cargo espantoso, el que por esta primera palabra se ha de hacer al vengativo y rencoroso! Jesucristo pi-

de al Eterno Padre te perdona tantas malas obras con que le agravias y crucificas; y tú, alma vengativa y rencorosa, no perdonas una leve palabra ó agravio por Jesucristo. ¡Qué obstinacion es esta, pecho católico! ¡Qué tiene de cristiano quien no tiene piedad de su enemigo! ¡Si á quién te li-songea alhagas, y á quién te ofende muérdes, qué tienes más que el bruto, llevando el nombre de cristiano! Pues mira, que te ha de medir Jesucristo con esta misma vara, negandote como es natural, todo lo que á tu prójimo niegas. ¡Le niegas el habla, la vista, ó no le dás la mano! pues no te dará la mano Jesús, no le oirás una buena palabra, no le verás los ojos. Perdonas cristiano, si quieres que Jesucristo te perdona.

¡Oh Padre Eterno! Ya perdono Señor, á todos mis enemigos una y mil veces, en reverencia de tu Santísi-

mo Hijo; para que Tú me perdones las innumerables culpas que he cometido contra tu Divina Majestad. Perdoname, Señor, que no supe lo que hize cuando te ofendí; y aunque por haberte sido tan ingrato no merezco ser oído, lo merece tu Sacratísimo Hijo, que por su Sangre y agonías, te pide en esta hora me perdones. Perdona Señor mi ignorancia; misericordia, Padre piadosísimo, por los méritos de tu amantísimo Hijo Jesus.

Pòstranse aqui un brebe rato para meditar sobre esta palabra y en accion de gracias por el perdon que para nosotros pidió el Sr: entre tanto se cantarà la siguienie

SAETA

Pues que fuí vuestro enemigo
Mi Jesus, como confieso,

Rogad por mí, que con eso
Seguro el perdon consigo;
Cuando loco te ofendí,
No supe lo que me hacía;
Buen Jesus del alma mia,
Rogad al Padre por mí.

Digase despues

Seas infinitamente alabado, mi Jesus crucificado que te dignaste alcanzarnos del Eterno Padre el perdon de nuestros pecados.

Creo en Dios, espero en Dios amo á Dios sobre todas las cosas; pésame de haber ofendido à Dios por ser quien es: propongo nunca mas ofenderle. María, Madre admirable, abogada de los pecadores; por Jesucristo Crucificado, alcanzanos perdon y gracia eficaz, para no caer en pecado.

SEGUNDA PALABRA

QUE HABLÓ EL SR. AL BUEN LADRON.

Hoy serás conmigo en el paraiso.

Considera á Jesus, alma devota, entre dos pecadores; el uno arre-
pentido, y endurecido el otro; el uno
que se ablanda y el otro que se obs-
tina; el uno que se salva y el otro
que se condena. ¡Oh misterios pro-
fundos de la predestinacion! ¡Oh des-
cuido el más lamentable de los mor-
tales! Nota bien, alma que me oyes,
la diferencia de estos impenetrables
destinos y examina en tu interior á
cual número perteneces: ¡al del buen
ladron que se salvó, ó al del malo que
se condenó! Te salvarás con el uno, ó
te condenarás con el otro? ¡Cuantos
de los presentes irán á ser compañe-
ros del infeliz ladron en los infiernos!

¡Oh que punto tan formidable! ¡Hom-
bre, como vives tan descuidado; y tú
muger, tan olvidada en materia tan
contingente é incierta? mira á cual de
estos dos ladrones tienes envidia; si
al infeliz rebelde ó al humilde: si al
humilde ¿como no eres humilde y es-
tás en esa cruz de tus vicios tan so-
berbio y rebelde? Pecador y sober-
bio, mal ladron; pecador y humilde,
feliz hombre. El malo se vuelve con-
tra Jesucristo y como renegado lo
balda y lo maltrata como á Dios
fingido. Eso hace quien peca y quien
maldice; quien reniega y vota, ña-
diendo á la ofensa de los vicios, la
contumelia de los desprecios. No así
el buen ladron que alumbrado con la
gracia divina reconoce á Jesus, le
confiesa y adora por su Dios verdade-
ro. ¡Oh luz perenne de la gracial!
¡Quién habrá que resista á tus auxi-
lios! oh almas: no malogreis los fla-

20

mamientos: ved que herido de ellos el feliz hombre, vuelve, y con tierna voz, le dice al Salvador: Señor; en tí confío, en tí espero; eres mi Dios y mi Redentor; acuérdate de mí, cuando te veas en tu reino. ¡Oh que pecador tan feliz! ¡Quién te dijo, hombre facineroso, que ese crucificado, á cuyo lado estás, era tu Señor tu Redentor y tu Dios? ¡Que confusión tan grande para los judíos ver que un ladrón espirante en una cruz confiesa á Jesucristo, cuando ellos, despues de tantas maravillas lo negaron! mas ¡cual será la de los cristianos que lo confiesan con los lábios y lo niegan con las obras? ¡En que condicion te encuentras hombre torpe y vicioso, muger perdida, fútil y escandalosa! ¡Si no eres firme como el buen ladrón hasta morir en tu confesion, sino que apenas te confiesas, cuando de nuevo vuelves á tu antigua vida, qué confe-

23

21

sion es esa! Es la del mal ladrón, obstinado y réprobo.

Al punto que oye Cristo las voces del Ladrón, que lo confiesa y le pide perdón, sin dilacion alguna le perdona las culpas y las penas. Hoy, le dice estarás conmigo en el Paraíso, hoy, Viérnes de mis penas. ¡Oh día! ¡Quién hay que no te logre! ¡Oh feliz pecador! ¡Oh dichoso arrepentido! Llegaste en gran día: llegaste, cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. Hoy almas, no es día de penas para el hombre, que se echó sobre sí Jesus todas las penas. Hoy no hay siquiera una gota de tormento, que se agotó Jesus todos los tormentos. Y hoy no hay para el que se arrepienta, Infierno; que el Infierno le tomó para sí Jesus en sus dolores. Hoy todo es para el pecador Paraíso: hoy todo es suavidad, todo es gloria.

SEGUNDA PALABRA

22

Venid, pues, á lograr tan buen tiempo, pecadores perdidos, con poca diligencia, con buen corazón, y una palabra; con un mirarle tierno, y amoroso, y con un suspiro de un pecho atravesado se consigue. ¡Pues como hay corazón que hoy te desprecie, ó Jesús benignísimo! ¡Qué liberal estás, qué manirroto, que pródigo del Cielo! ¡Oh corazón dulcísimo, todo amor, todo ansias, por salvar pecadores! Comunica, Señor, al mundo esas piedades; abrasa de ese afecto todos los corazones; conviértase hoy el mundo, gran Señor; mira como se pueblan los infernos, no solo de gentiles, hereges y judíos, mas también de cristianos: ¡que dolor! ¡Hoy, mi Jesús se han de condenar innumerables! Ya basta, Señor, mira tu rebaño, no se glorié el Demonio de ver tanto triunfo: sálvense todos, hoy que rebasas perdones, pues ya todos, Señor, con el buen

23

Ladron arrepentidos, te confesamos nuestro Dios y nuestro Redentor: proponemos hacer una verdadera confesión: para ella, Señor, te pedimos un dolor verdadero, y que hoy te acuerdes de nosotros en tu Reyno.

Aqui se postran para meditar sobre esta palabra. Entre tanto se canta la siguiente.

SAETA.

Reverente el Bien Ladron
 Imploró vuestras piedades;
 Yo tambien de mis maldades
 Os pido, Señor, perdon.
 Si al Ladron arrepentido
 Dais lugar allá en el Cielo,
 Ya yo tambien sin recelo
 La Gloria, mi Dueño os pido.

Despues por cinco veces se le pide al Señor lo que el buen ladron, diciendo:

y que en la hora terrible de la muer-

A cordaos de mí, Señor, en vuestro Reyno, por vuestra piedad y misericordia.

Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios, &c.

TERCERA PALABRA.

QUE DIJO EL SENOR, A SU SMA. MADRE.

Muger, he ahí tu hijo; y al discípulo Juan: He ahí tu madre.

Mirando el Salvador desde la altura de la Cruz en un profundo golfo de amarguras á su amorosísima Madre, le arrojó á su triste seno otro golfo de cuidados, y de ansias, entregandole en Juan por hijos, á todos los mortales. ¡Oh madre afligidísima! ¡Qué espada es la que de nuevo os atraviesa el corazon! por hijos os en-

se todos, hoy que rebosas pecadores, pues ya todos, Señor, con el buen

comienda vuestro Jesus á todos los pecadores, para que los recibais en su lugar. ¡Oh que trueque tan sensible! ¡Perdeis en Jesus un hijo tan amable, y habies de acoger en los pecadores unos hijos tan perversos y viles que con sus culpas han crucificado á vuestro mismo Hijo Jesus! ¡Oh Madre dolorosísima! ¡Qué tormento es este! ¡Admitir en vuestro triste pecho tanto hijo ingrato y ruin! ¡Oh caridad infinita del Salvador para con los pecadores; pues les deja por Madre á su misma Madre; y oh piedad inmensa de la Madre, que desde aquella hora, compasiva, amorosa y tierna, acepta y abriga como Madre cuidadosa, en su seno á todo el mundo! Oh protectora universal! ¡Cómo podrá nuestro corazon mostrar su agradecimiento, pues nos aceptais por hijos! ¡Como os podremos corresponder debidamente! Pecadores dichosos,

y que en la hora terrible de la muer-

mudad bien la madre que teneis: vuestra Madre es María, la que es Madre de Dios; una Madre toda llena de gracia; una madre espejo de santidad y pureza; y no dice bien Madre, tan santa é hijos tan perversos; madre tan pura é hijos tan torpes é inmundos. ¡Oh gran Señora! acogednos en vuestro amparo, para ser dignos hijos vuestros; que rendidamente os ha de confesar, por Madre, todo el mundo.

Imaginaos cual temblaria todo el infierno al oír decir á Cristo esta palabra; sin duda los demonios se abrasarian de envidia; mas, hombres, oid; infiernos, escuchad: María es Madre de los pecadores, madre de los justos, madre de todos. ¡Oh Señora! una y mil veces os beso esas sagradas plantas; y con un grito que se oiga en tierra y cielo, digo á voces: Hijo soy, aunque indigno, de María. ¡Oh Señora! haced que como hijo os mire

se todos, hoy que rebosais perdones, pues ya todos, Señor, con el buen

buenos: y por otra parte, viendo in-

y sirva, y que os ame en cuanto pueda, como vuestro Hijo Jesus.

Para aqui son, almas devotas, las ternuras amorosas con vuestra Madre; levantad los ojos llenos de amor y agradecimiento à Jesus que os la dá por madre, y en ella todos los bienes de su misericordia para vuestra salvacion; porque nadie se salva sino por María; nadie consigue perdon ni beneficio alguno, sino por María. ¡Oh buen Jesus! ¿Qué afecto fué el que os obligó à tal ternura y liberalidad? *Ecce Mater*, te dice: alma, mira á tu madre. ¡Oh Madre, te miro con mi vida y con mi alma! mira bien alma à María, y atiende á que tambien te dice: *Ecce Mater*, mirame por tu Madre. Mirala afligida por las culpas; acompañaala con tu dolor, que ella ruega por tí; pídele por sus dolores, misericordia y perdon; auxilios eficaces y que en la hora terrible de la muer-

mira bien la madre que te...

te, te mire como á hijo. ¡Oh Señora y Madre mia! ahora y en la hora de mi muerte, muestrate ser mi Madre; vuelve hácia mí tus misericordiosos ojos de amorosa Madre; mira el entrañable dolor que te hemos costado al pié de la Cruz; no se malogren tus dolores; dame tu amparo ahora y en mi último trance. Ojalá, Señora y Madre nuestra, muriese hoy de amor y dolor al pié de esta cruz: recibid al menos este deseo y haced que un día sea á vuestros piés y los de vuestro amorosísimo Jesus.

Póstranse aquí, como en la anterior à meditar sobre esta palabra: entre tanto se canta la siguiente

SAETA

Jesus en su testamento

A la Virgen hoy nos dá:

¡Oh María! ¡quien podrá

huenos: y por otra parte, viendo in-

Explicar tu sentimiento?
Hijo vuestro quiero ser;
Sed vos mi Madre, Señora,
Que os prometo desde ahora
Finamente obedecer.

Luego, en accion de gracias à Jesus porque nos diò por Madre à María; y à María para implorarla por Madre, se dirá cionco veces lo siguiente.

Jesus dulcísimo, gracias te damos, por que te dignaste darnos por Madre á tu purísima Madre María.

Madre dolorosísima, Madre nuestra; ruega por tus hijos los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte

Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios &c.

agravios el Cielo se enlutaba en obs-
curas sombras, estaba para estreme-
cerse la tierra en terribles movimien-
tos, para herirse entre sí las piedras,
para abrirse los sepulcros: los Angeles
asombrados al ver à su Señor entre
tan crueles tormentos: los Demonios
enrabiados, y envidia, porque no se exe-
cutaba en los hombres el castigo que
merecían por las culpas, como se ha-
bia executado en ellos. Podiéramos
imaginar que irritada la naturaleza
contra los pecadores, clamaba al Pa-
dre Eterno por justicia y venganza. *¡Esquequo, Domine Sanctus et verus,
non vindicas sanguinem filii tui?*
*¡Hasta quando, Señora Justiciero, y o
Santo, no tomas venganza en los pe-
cadores, de la Sangre y agravios de
tu inocente Hijo? y que quando á este
te clamor ya la Divina Justicia ar-
diaba el rayo de su ira para la ven-
ganza, entonces el Redentor del mundo*

Cruz, sino en el amantísimo Corazon

¡Padre te perdona

do, mostrando su infinita caridad, le-
vantando sus eclipsados ojos à su E-
terno Padre y presentandole su obe-
diencia y merecimientos, le dice:
*¡Padre y Señor mio; detén el brazo
de tu justicia; y por esta Cruz en
que muero, y la sangre que en ella
estoy vertiendo, te pido, Señor y te
ruego, que perdones à los pecadores
las culpas con que me han puesto en
esta Cruz: perdónalos, Padre, perdo-
nalos que no saben lo que hacen.*
*¡Oh alma pecadora, abre los ojos y
los oídos; y al escuchar en esta pri-
mera palabra à Jesus que llama Pa-
dre tuyo y de todos à su Eterno Pa-
dre, conoce la alteza de tu origen.*

*Hija eres, no de otro Padre, que
del Eterno Dios. ¡Oh Padre Eterno!
¡Mi Padre tú? ¡Y yo tan ruin hijo?
¡Qué ceguedad me aparta de tus ojos?
¡Qué locura es la mia, que dejó tus*

caricias y tu gracia por el vil amor de las criaturas! ¿Donde estoy con mis culpas! ¿A donde voy con mis pasiones! ¿Qué estado es el que tengo despues que te ofendí! Oh Padre amoroso! aquí perezco miserable en mis delitos! ¿A quien volverè los ojos! ¿Volveré á tí, oh Padre benignísimo! mas ¿como tendrá valor un ingrato para volver á la presencia de un Padre á quien tanto ha ofendido! Ea vuelve, alma affigida, vuelve, que al fin es tu Padre. Iré; ¡pero ay mi Dios que me falta el aliento; pues son innumerables mis torpezas y ruindades y temo que tus ojos han de ser para mí formidables rayos: mejor será morir y no llegar. Mas no, alma arrepen- tida, vuelve, vuelve, que al fin es tu Padre; y tu mismo hermano Je- sus, á quien has crucificado con tus culpas, te apadrina y pide al Padre Soberano te perdoné, ofreciéndolo su

sangre por tus culpas. ¡Oh mi Jesus! ¡Oh Hermano amorosísimo! Dame esos pies para que los bese y riegue con mis lágrimas. ¡Tú ruegas por el perdon de mis culpas y yo no muero aquí de amor tuyo! ¡Ay que dureza es la mia! Llegad, pecadores todos à lograr las misericordias, que hoy está el cielo rebosando favores; por- que Jesus ruega por todos al Padre Eterno y le dice con profunda reve- rencia: ¡Oh Padre de piedades, aquí tienes ya á los tristes pecadores! no mires, Señor que ellos me cru- cifican, sino que yo muero por e- llos; vivan ellos, pues por ellos muero; no mires su ignorancia si- no mi amor; no su ingratitud, sino mi Sangre derramada: no mires sus culpas, sino esta vida que te ofrezco por ellos en esta Cruz.
Perdonalos, Padre, perdonalos, que no saben lo que hacen.

¡Oh caridad infinita de nuestro amorosísimo Jesús! cuyo incendio de amor no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulación, ¡Oh que doctrina tan alta la que nos enseña en esta primera palabra! Mira, alma, como escusa del modo que puede á los que le crucifican, como perdona á sus crueles enemigos y en ellos á todos los pecadores que con su ofensas le han puesto en esa Cruz. Padre, dice, perdónalos porque no saben lo que hacen. Aprende alma, de este ejemplo, á no acusar ni exagerar los defectos ajenos ni los agravios que te hicieren: aprende á escusar las faltas de tus prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas, no á la peor parte, sino á ignorancia, inadvertencia, zelo, ú otra intencion menos mala. ¡Oh cargo espantoso, el que por esta primera palabra se ha de hacer al vengativo y rencoroso! Jesucristo pi-

de al Eterno Padre te perdona tantas malas obras con que le agravia y crucificas; y tú, alma vengativa y rencorosa, no perdonas una leve palabra ó agravio por Jesucristo. ¡Qué obstinacion es esta, pecho católico! ¡Qué tiene de cristiano quien no tiene piedad de su enemigo! ¡Si á quién te li-songea alhagas, y á quién te ofende muérdes, qué tienes más que el bruto, llevando el nombre de cristiano! Pues mira, que te ha de medir Jesucristo con esta misma vara, negandote como es natural, todo lo que á tu prójimo niegas. ¡Le niegas el habla, la vista, ó no le dás la mano! pues no te dará la mano Jesús, no le oirás una buena palabra, no le verás los ojos. Perdonas cristiano, si quieres que Jesucristo te perdona.

¡Oh Padre Eterno! Ya perdono Señor, á todos mis enemigos una y mil veces, en reverencia de tu Santísi-

mo Hijo; para que Tú me perdones las innumerables culpas que he cometido contra tu Divina Majestad. Perdoname, Señor, que no supe lo que hize cuando te ofendí; y aunque por haberte sido tan ingrato no merezco ser oído, lo merece tu Sacratísimo Hijo, que por su Sangre y agonías, te pide en esta hora me perdones. Perdona Señor mi ignorancia; misericordia, Padre piadosísimo, por los méritos de tu amantísimo Hijo Jesus.

Pòstranse aqui un brebe rato para meditar sobre esta palabra y en accion de gracias por el perdon que para nosotros pidió el Sr: entre tanto se cantarà la siguienie

SAETA

Pues que fuí vuestro enemigo
Mi Jesus, como confieso,

Rogad por mí, que con eso
Seguro el perdon consigo;
Cuando loco te ofendí,
No supe lo que me hacía;
Buen Jesus del alma mia,
Rogad al Padre por mí.

Digase despues

Seas infinitamente alabado, mi Jesus crucificado que te dignaste alcanzarnos del Eterno Padre el perdon de nuestros pecados.

Creo en Dios, espero en Dios amo á Dios sobre todas las cosas; pésame de haber ofendido à Dios por ser quien es: propongo nunca mas ofenderle. María, Madre admirable, abogada de los pecadores; por Jesucristo Crucificado, alcanzanos perdon y gracia eficaz, para no caer en pecado.

SEGUNDA PALABRA

QUE HABLÓ EL SR. AL BUEN LADRON.

Hoy serás conmigo en el paraiso.

Considera á Jesus, alma devota, entre dos pecadores; el uno arre- pentido, y endurecido el otro; el uno que se ablanda y el otro que se obs- tina; el uno que se salva y el otro que se condena. ¡Oh misterios pro- fundos de la predestinacion! ¡Oh des- cuidado el más lamentable de los mor- tales! Nota bien, alma que me oyes, la diferencia de estos impenetrables destinos y examina en tu interior á qual número perteneces: ¡al del buen ladron que se salvó, ó al del malo que se condenó! Te salvarás con el uno, ó te condenarás con el otro? ¡Cuantos de los presentes irán á ser compañe- ros del infeliz ladron en los infiernos!

¡Oh que punto tan formidable! ¡Hom- bre, como vives tan descuidado; y tú muger, tan olvidada en materia tan contingente é incierta? mira á qual de estos dos ladrones tienes envidia; si al infeliz rebelde ó al humilde: si al humilde ¿como no eres humilde y es- tás en esa cruz de tus vicios tan so- herbio y rebelde? Pecador y sober- bio, mal ladron; pecador y humilde, feliz hombre. El malo se vuelve con- tra Jesucristo y como renegado lo baldona y lo maltrata como á Dios fingido. Eso hace quien peca y quien maldice; quien reniega y vota, ña- diendo á la ofensa de los vicios, la contumelia de los desprecios. No así el buen ladron que alumbrado con la gracia divina reconoce á Jesus, le confiesa y adora por su Dios verdade- ro. ¡Oh luz perenne de la gracial! ¡Quién habrá que resista á tus auxi- lios! oh almas: no malogreis los fla-

20

mamientos: ved que herido de ellos el feliz hombre, vuelve, y con tierna voz, le dice al Salvador: Señor; en tí confío, en tí espero; eres mi Dios y mi Redentor; acuérdate de mí, cuando te veas en tu reino. ¡Oh que pecador tan feliz! ¡Quién te dijo, hombre facineroso, que ese crucificado, á cuyo lado estás, era tu Señor tu Redentor y tu Dios? ¡Que confusión tan grande para los judíos ver que un ladrón espirante en una cruz confiesa á Jesucristo, cuando ellos, despues de tantas maravillas lo negaron! mas ¡cual será la de los cristianos que lo confiesan con los lábios y lo niegan con las obras? ¡En que condicion te encuentras hombre torpe y vicioso, muger perdida, fútil y escandalosa! ¡Si no eres firme como el buen ladrón hasta morir en tu confesion, sino que apenas te confiesas, cuando de nuevo vuelves á tu antigua vida, qué confe-

23

21

sion es esa! Es la del mal ladrón, obstinado y réprobo.

Al punto que oye Cristo las voces del Ladrón, que lo confiesa y le pide perdón, sin dilacion alguna le perdona las culpas y las penas. Hoy, le dice estarás conmigo en el Paraíso, hoy, Viérnes de mis penas. ¡Oh día! ¡Quién hay que no te logre! ¡Oh feliz pecador! ¡Oh dichoso arrepentido! Llegaste en gran día: llegaste, cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. Hoy almas, no es día de penas para el hombre, que se echó sobre sí Jesus todas las penas. Hoy no hay siquiera una gota de tormento, que se agotó Jesus todos los tormentos. Y hoy no hay para el que se arrepienta, Infierno; que el Infierno le tomó para sí Jesus en sus dolores. Hoy todo es para el pecador Paraíso: hoy todo es suavidad, todo es gloria.

SEGUNDA PALABRA

22

Venid, pues, á lograr tan buen tiempo, pecadores perdidos, con poca diligencia, con buen corazón, y una palabra; con un mirarle tierno, y amoroso, y con un suspiro de un pecho atravesado se consigue. ¡Pues como hay corazón que hoy te desprecie, ó Jesús benignísimo! ¡Qué liberal estás, qué manirroto, que pródigo del Cielo! ¡Oh corazón dulcísimo, todo amor, todo ansias, por salvar pecadores! Comunica, Señor, al mundo esas piedades; abrasa de ese afecto todos los corazones; conviértase hoy el mundo, gran Señor; mira como se pueblan los infiernos, no solo de gentiles, hereges y judíos, mas también de cristianos: ¡que dolor! ¡Hoy, mi Jesús se han de condenar innumerables! Ya basta, Señor, mira tu rebaño, no se glorié el Demonio de ver tanto triunfo: sálvense todos, hoy que rebasas perdones, pues ya todos, Señor, con el buen

23

Ladron arrepentidos, te confesamos nuestro Dios y nuestro Redentor: proponemos hacer una verdadera confesión: para ella, Señor, te pedimos un dolor verdadero, y que hoy te acuerdes de nosotros en tu Reyno.

Aqui se postran para meditar sobre esta palabra. Entre tanto se canta la siguiente.

SAETA.

Reverente el Bien Ladron
 Imploró vuestras piedades;
 Yo tambien de mis maldades
 Os pido, Señor, perdon.
 Si al Ladron arrepentido
 Dais lugar allá en el Cielo,
 Ya yo tambien sin recelo
 La Gloria, mi Dueño os pido.

Despues por cinco veces se le pide al Señor lo que el buen ladron, diciendo:

y que en la hora terrible de la muerte

A cordaos de mí, Señor, en vuestro Reyno, por vuestra piedad y misericordia.

Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios, &c.

TERCERA PALABRA.

QUE DIJO EL SENOR, A SU SMA. MADRE.

Muger, he ahí tu hijo; y al discípulo Juan: He ahí tu madre.

Mirando el Salvador desde la altura de la Cruz en un profundo golfo de amarguras á su amorosísima Madre, le arrojó á su triste seno otro golfo de cuidados, y de ansias, entregandole en Juan por hijos, á todos los mortales. ¡Oh madre afligidísima! ¡Qué espada es la que de nuevo os atraviesa el corazon! por hijos os en-

se todos, hoy que rebosas pecadores, pues ya todos, Señor, con el buen

comienda vuestro Jesus á todos los pecadores, para que los recibais en su lugar. ¡Oh que trueque tan sensible! ¡Perdeis en Jesus un hijo tan amable, y habies de acoger en los pecadores unos hijos tan perversos y viles que con sus culpas han crucificado á vuestro mismo Hijo Jesus! ¡Oh Madre dolorosísima! ¡Qué tormento es este! ¡Admitir en vuestro triste pecho tanto hijo ingrato y ruin! ¡Oh caridad infinita del Salvador para con los pecadores; pues les deja por Madre á su misma Madre; y oh piedad inmensa de la Madre, que desde aquella hora, compasiva, amorosa y tierna, acepta y abriga como Madre cuidadosa, en su seno á todo el mundo! Oh protectora universal! ¡Cómo podrá nuestro corazon mostrar su agradecimiento, pues nos aceptais por hijos! ¡Como os podremos corresponder debidamente! Pecadores dichosos,

y que en la hora terrible de la muer-

mudad bien la madre que teneis: vuestra Madre es María, la que es Madre de Dios; una Madre toda llena de gracia; una madre espejo de santidad y pureza; y no dice bien Madre, tan santa é hijos tan perversos; madre tan pura é hijos tan torpes é inmundos. ¡Oh gran Señora! acogednos en vuestro amparo, para ser dignos hijos vuestros; que rendidamente os ha de confesar, por Madre, todo el mundo.

Imaginaos cual temblaria todo el infierno al oír decir á Cristo esta palabra; sin duda los demonios se abrasarían de envidia; mas, hombres, oid; infiernos, escuchad: María es Madre de los pecadores, madre de los justos, madre de todos. ¡Oh Señora! una y mil veces os beso esas sagradas plantas; y con un grito que se oiga en tierra y cielo, digo á voces: Hijo soy, aunque indigno, de María. ¡Oh Señora! haced que como hijo os mire

se todos, hoy que rebosais perdones, pues ya todos, Señor, con el buen

buenos: y por otra parte, viendo in-

y sirva, y que os ame en cuanto pueda, como vuestro Hijo Jesús.

Para aqui son, almas devotas, las ternuras amorosas con vuestra Madre; levantad los ojos llenos de amor y agradecimiento á Jesus que os la dá por madre, y en ella todos los bienes de su misericordia para vuestra salvacion; porque nadie se salva sino por María; nadie consigue perdon ni beneficio alguno, sino por María. ¡Oh buen Jesus! ¿Qué afecto fué el que os obligó á tal ternura y liberalidad? *Ecce Mater*, te dice: alma, mira á tu madre. ¡Oh Madre, te miro con mi vida y con mi alma! mira bien alma á María, y atiende á que tambien te dice: *Ecce Mater*, mirame por tu Madre. Mirala afligida por las culpas; acompaña la con tu dolor, que ella ruega por tí; pídele por sus dolores, misericordia y perdon; auxilios eficaces y que en la hora terrible de la muer-

mira bien la madre que te...

te, te mire como á hijo. ¡Oh Señora y Madre mia! ahora y en la hora de mi muerte, muestrate ser mi Madre; vuelve hácia mí tus misericordiosos ojos de amorosa Madre; mira el entrañable dolor que te hemos costado al pié de la Cruz; no se malogren tus dolores; dame tu amparo ahora y en mi último trance. Ojalá, Señora y Madre nuestra, muriese hoy de amor y dolor al pié de esta cruz: recibid al menos este deseo y haced que un día sea á vuestros piés y los de vuestro amorosísimo Jesus.

Póstranse aquí, como en la anterior à meditar sobre esta palabra: entre tanto se canta la siguiente

SAETA

Jesus en su testamento

A la Virgen hoy nos dá:

¡Oh María! ¡quien podrá

huenos: y por otra parte, viendo in-

Explicar tu sentimiento?
Hijo vuestro quiero ser;
Sed vos mi Madre, Señora,
Que os prometo desde ahora
Finamente obedecer.

Luego, en accion de gracias à Jesus porque nos diò por Madre à María; y à María para implorarla por Madre, se dirá cionco veces lo siguiente.

Jesus dulcísimo, gracias te damos, por que te dignaste darnos por Madre á tu purísima Madre María.

Madre dolorosísima, Madre nuestra; ruega por tus hijos los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte

Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios &c.